

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE VITORIA-GASTEIZ 2020

Por Antonio Viela y Gloria María Martínez

Finalmente, este Pregón no se ha podido celebrar en la Iglesia de San Vicente Mártir –ni se ha podido grabar– a causa del confinamiento de la población de Haro y Vitoria para frenar la propagación del Coronavirus.

Muy buenas tardes, presidentes de las Cofradías penitenciales de Vitoria-Gasteiz, miembros de la Junta de gobierno de la Cofradía de Nuestro Señor con la Cruz a Cuestas. Muchas gracias querido José Luis, hermano mayor de la cofradía por el honor y la deferencia que has tenido al invitarnos para dirigir este pregón, al Obispado que debido a la pandemia del coronavirus, lo hacemos a través de los medios audiovisuales Diocesanos, y a todos vds. que nos sintonizáis en estos momentos.

¿Qué os vengo a pregonar, qué buenas nuevas traigo? Pues os anuncio hermanos, que el Padre de los cielos nos ha concedido un año más para celebrar el Triduo Pascual, en la antesala de la Semana Santa. Ante nosotros aparece de nuevo la posibilidad de vivir las últimas horas de Jesucristo, nuestro Salvador, y vivirlas no sólo porque recordamos o las representamos, sino porque la conmemoramos es decir, porque vuelven de algún modo a suceder, dándonos la posibilidad de participar de nuevo en el Misterio Pascual.

Es para mí un honor anunciaros, el acontecimiento que vamos a revivir; el misterio de la Pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Sí y digo vivir porque de lo contrario no merecería la pena perder el tiempo, y como en todo acontecimiento hay personajes, actores de primera, segunda, secundarios, pero en este caso no cabe la duda de que tenemos tres extraordinarios: Jesucristo, la Cruz y María.

Pocos días para que Jesús irrumpa entre palmas y cantos, con la gente sencilla del pueblo, los pequeñuelos, los necesitados de salvación, cantan y aclaman a su Mesías, para que se convierta en Puerta Nueva en el Cenáculo, y no llega poderoso a la tierra, no preside en un trono de oro y plata, sino desde un borriquillo.

No tiene voz de mando, ni servidores a sus pies, llega con las manos vacías, pero el corazón rebosante; llega con los oídos bien abiertos, con la palabra liberadora del Hijo de Dios en la tierra, ore en el Huerto de los Olivos, sea besado por Judas, apresado, humillado, negado por Pedro, abandonado, crucificado, pero falta poco para que gritemos todos a una RESUCITADO. Si Resucitado, para quedarse siempre con nosotros.

Vosotros cofrades sabéis mejor que nadie, que los días santos donde la Cofradía se hace a la calle, son el resultado del esfuerzo y la dedicación de todo un año, día tras día, codo con codo...

En definitiva, hombres y mujeres “Seducidos por Cristo”, como proclamaba San Pablo y sin ánimo de corregir al apóstol de los gentiles, los cofrades añadimos “Cautivados” sí cautivados por su bendita Madre, porque para nosotros María está unida a Cristo con un vínculo estrecho e indivisible, y no comprenderíamos a Cristo sin su Madre. Nuestro fervor de cofrades no está satisfecho, si junto al Redentor no está la Corredentora, por ello le digo:

A ti también, Señora María, te llegó el momento de la soledad.

Ya eres la madre de un muerto.

Y te sientes sola de tu Hijo, mientras lo recibes en tus brazos.

Y fue entonces cuando sentiste esa espada allá

en tu pecho, y el llanto te quemaba, en esos suspiros tan recios.

Pero ya no estabas sola: eras la Madre de Juan,

de la Magdalena ardiente, de las lágrimas de Pedro, de los que a tu Hijo crucificaron, en definitiva, la Madre del mundo entero.

Por tu soledad, Señora, que no nos falte el aliento del Espíritu, para ir tendiendo puentes y estrechando manos, para vencer el desprecio y el desgaste, y hacer frente al miedo que nos impide encontrarnos.

Y que cuando nos llegue también a nosotros esa hora suprema de la soledad, sepamos que es una hora de Dios, y la vivamos como tú, perdonando, amando en silencio.

Pero mi pregón o mi anuncio de la Semana Santa, deben también invitaros al silencio para escuchar durante su celebración, ya que no es posible comunicación alguna sin escucha. Sólo así podemos hablar con nuestro Dios. La música, la sinfonía de las voces que recita la oración sentida... Hay que saber escuchar... Acaso, la belleza de la melodía nos puede hacer mejores. Este ejercicio de escucha es muy bueno también en Semana Santa, para que ésta no corra el peligro de ser una fiesta más en el calendario del pueblo. Hemos de escuchar lo que pasa en la celebración litúrgica, para ver lo que pasa por nuestras calles, esa explosión tan hermosa plasmada por nuestros artistas y por nuestra cultura religiosa popular, que nos llega tan hondo...

EN EL SILENCIO de la SEMANA SANTA EN GASTEIZ

EL SILENCIO

Escuchad el silencio, leve, grave,
potente y encelado ante los tambores.
En vuelo y tembloroso como un ave,
en Semana Santa nacen sus dolores.

Como un himno, silencio, letanía,
de tacto y voz, fervor, amor y oído.
Repleto de equilibrio y armonía,
apretado en las calles sin sentido.

Ahora silencio, calle la garganta,
duerma la saeta en flor; cuerdas vocales.
Tan sólo vela el corazón y canta
igual que un tintineo de cristales.

El silencio es mirada a la existencia,
es simplemente un rey sin su corona.
Es el milagro de la pura esencia,
la exacta dimensión de una persona.

Acontecer, silencio. Como un río
apresado en el dique de los creyentes,
el murmullo, la voz. Sentir “Dios mío”
en galopes de sangre adolescentes.

Silencios, Paz, redoble y sonido.
Semana Santa en Gasteiz.

Hay algo que también me gustaría subrayar en este pregón que anuncia la Semana Santa: el valor religioso y humano de las procesiones. Necesitamos paz y vivencia de unidad, de lo que nos une a los humanos y a los cristianos. Pero tengo que pregonar otra cosa. No se trata sólo de anunciaros lo que dentro de unos días va a suceder; no es que únicamente vayamos a hacer una serie de actos bellos y entrañables, que tan dentro nos llegue. Tengo que anunciaros el amor de Dios Padre, manifestado en Cristo, su Hijo y nuestro Señor, que ha enviado de nuevo a su Hijo para dar su vida por nosotros. Es un amor personal, hacia cada uno de nosotros, seamos lo que seamos, y que trasciende toda medida, porque es único, sin parangón.

Llega puntual la Semana Santa, que revive el recuerdo de los últimos días que pasó en la tierra Jesús de Nazaret. La Semana Santa es para algunos, sinónimo únicamente de vacaciones, lo cual, en cierto modo es cierto. Llega y por desgracia, son ya bastantes los que no sabrían acaso decir ni explicar por qué es santa esta semana. Lo cual no es ya cuestión de creer o no creer, sino más bien de una notable incultura, cuando no, tal vez, de una intencionada amnesia.

Qué duda cabe que, ante el paso de las procesiones, algo ha de revivir en el alma y en los sentimientos de quienes, acaso hoy alejados de ella, han recibido una formación cristiana, lo que implica conocer la esencia de nuestra fe, es decir la historia de Jesús, el hombre que pasó haciendo el bien, murió por todos y perdonó a quienes le llevaron a la cruz, que es el signo final donde el hombre se encuentra con Dios

Semana Santa es justamente un tiempo para recordar a quién, un día lo dio todo –incluida su vida- por todos. Y es, asimismo, un tiempo para no olvidar que, en la gente que sufre, Jesús sigue también sufriendo y sigue arrastrando la cruz que oprime a los desamparados, a los enfermos, a los desahuciados.

Es inmensa la Cruz que arrastra el mundo y hacen falta muchos cirineos que arrimen el hombro y echen una mano sin volver la vista atrás.

Para mí la Cruz tiene un significado, que quizás, yo lo puedo explicar así: Palo vertical: Dios baja desde el cielo, al hacerse hombre y abre el camino del cielo a la tierra. Resucita y sube al cielo, entonces el camino de la tierra al cielo ya está abierto.

Palo horizontal: todos nosotros estamos elevados en Cristo, todos a la misma altura, hijos e hijas de Dios. Luego todo ser humano está a la misma altura.

POESÍA A LA SANTA CRUZ

Las banderas reales se adelantan
y la Cruz misteriosa en ella brilla;
la Cruz en que la vida sufrió muerte
y que, sufriendo muerte, nos dio vida.

Ella sostuvo es sacrosanto cuerpo
que, al ser herido por la lanza dura,
derramó sangre y agua en abundancia
para lavar con ellas nuestras culpas.

En ella se cumplió perfectamente
lo que David profetizó en su verso,
cuando dijo a los pueblos de la tierra:
“Nuestro Dios reinará sobre un madero”.

¡Árbol lleno de luz, árbol hermoso,
árbol ornado con la regia púrpura
y destinado a que su tronco digno
sintiera el roce de la carne pura!

¡Dichosa Cruz que con tus brazos firmes,
en que estuvo colgado nuestro precio,
fuiste balanza para el cuerpo santo
que arrebató su presa a los infiernos!

A ti que eres la única esperanza,
te ensalzamos, oh Cruz, y te rogamos
que acrecientes la gracia de los justos
y borres los delitos de los malos.

Recibe, oh Trinidad, fuente salubre
la alabanza de todos los espíritus,
y tú que con tu Cruz nos das el triunfo,
añádenos el premio, oh Jesucristo. Amén

Por otra parte, y decididamente, nadie puede cargar con su cruz si no lleva la cruz de sus hermanos. Y ante esa inmensa cruz que arrastra el mundo todos hemos de ser solidarios.

Semana Santa, tiempo de la Cruz de Cristo. Pero la Cruz –no olvidemos nunca– no cierra el horizonte de la vida de Jesús. Ni de la vida del cristiano, por tanto. La Cruz es el misterioso camino que recorrió el Amor hacia la Resurrección. El Cristo resucitado es el que da la razón del Cristo de la Cruz. Si Cristo no hubiera resucitado, su Cruz y nuestra fe serían vanas, explicó San Pablo. Yo sé que Cristo me ha redimido con su muerte, porque después ha resucitado glorioso. Son derroteros que nos llevan más allá de la Semana Santa y nos introducen en la alegría del tiempo Pascual.

Cuando lo sublime nos embarga, el lenguaje normal se queda pequeño. ¿Qué palabra puede agotar el amor?, ¿qué novela puede abarcar la belleza de la Cruz? Ante lo más profundo del ser humano, ante las vivencias que nos forjan en el hondón del alma: ¿qué puede decir un discurso meramente intelectual y aséptico? Nada. El espíritu humano necesita un vínculo más grande para expresar su sentir. Cuando el corazón se conmueve de verdad, cuando el torbellino de la impresión emerge imparable, necesitamos de la poesía, la música, la imagen, incluso necesitamos de los demás para transmitirlo, para que nuestra felicidad se multiplique, para rebosar juntos, y todo ello, aún así, es poco.

Cuando llega la prueba del desierto, cuando el hambre y la sed nos atormentan, cuando se agotan nuestras fuerzas en el camino, nos preguntamos: ¿Está o no está Dios con nosotros?

Cuando llega la prueba del dolor, y escuchamos noticias de guerras, genocidios, de masacres, torturas, muertes de inocentes, miles y miles de víctimas de la miseria humana, y en estos días del coronavirus, nos preguntamos asustados, desafiantes: ¿Está o no está Dios con nosotros?

Cuando la fe se debilita, todo es vacío, cuando no vemos ni esperamos nada, se apagan las luces, todo está gris, y preguntamos si Dios existe, si está o no está con nosotros.

La respuesta, no sé, no hay respuesta para todo, pero Dios dice que El no es tan poderoso, que comparte el dolor de los que sufren, clavado en la cruz de todos los crucificados, para que no mueran, sino que vivan para siempre ¡¡resucitados!!

¡¡Nuestro Dios, Jesucristo, ha muerto por nuestros pecados y ha resucitado para darnos su Vida!!, el mismo Jesús que estos días desfila procesionalmente, pasa también a diario a nuestro lado, metido en el alma del necesitado y de los marginados. Ojalá sepamos verle también en todas esas personas anónimas y no le volvamos la cabeza movidos por el egoísmo o la despreocupación.

Ese encuentro con Jesús que sufre en la piel del que sufre, bien pudiera reflejar en estos versos, el verdadero y profundo sentido de la Semana Santa.

En una calle cualquiera,
me he encontrado con Jesús.
Yo, iba pensando en mis cosas;
El cargaba con la cruz.
Me pidió ayuda al mirarme,
yo la cabeza volví
queriendo hacerle pensar,
que no le reconocí.

Por temor a dar la cara
no quise ser cirineo:
me venció la cobardía,
me sentí esclavo del miedo.
Por temor a dar la cara
le dí la espalda a Jesús.
Seguí pensando en mis cosas
y El prosiguió con la Cruz.

En una calle cualquiera
yo me encuentro cada día
con un mar de nazarenos
entre olas de pesadillas
de olvido y marginación
que rompen contra las rocas
de una amnesia colectiva.

Ese mar es siempre el látigo
que, a lomos de la injusticia,
castiga a la Humanidad
y es una Cruz infinita
que tan sólo se soporta
si es una cruz compartida.
Yo sé muy bien que esa cruz
que arrastramos por la vida
es la misma que por todos
llevó el Nazareno un día.

También debiéramos preguntarnos seriamente, qué tenemos que ver cada uno de nosotros, en nuestro diario vivir, con el AMOR del Jueves Santo, la MUERTE del Viernes Santo y la RESURRECCION del Domingo de Pascua.

AMAR, MORIR, RESUCITAR, son como tres movimientos “in crescendo” de la Semana Santa. Tres realidades que, sin duda, son las más importantes en la vida de cada hombre.

AMAR es el verbo más conjugado de la historia. El hombre está sediento de amor. Cuando lo encuentra y cuando lo da, es más feliz. Pero amar como Jesús con su medida y con su finalidad, no es fácil. Amar como El amó supone negarse, olvidarse, vencerse. Amar como amó Jesús supone considerar de verdad a los hombres, a todos los hombres, como hermanos y estar dispuesto a compartir con ellos la herencia, toda la herencia. No, no es fácil amar así. Y por eso no lo hacemos. No lo hacen los hombres en general y no lo hacemos, evidentemente, los cristianos. Por eso, fácilmente, el Jueves Santo no lo entendemos.

MORIR. ¡Qué difícil! Y sin embargo, la muerte está ahí, dispuesta a acudir puntualmente a la cita. No queremos saber nada de ella. Viéndonos, también nosotros podríamos pensar: ¡Qué terrible una muerte sin respuesta! ¡Qué angustiosa una muerte sin retorno! ¡Qué cruel una muerte sin victoria!. Contemplando el modo de vida de los hombres, también quizá el nuestro, cabría preguntarse: ¿Qué esperan los hombres persiguiendo tan ansiosamente el poder, el dinero, la gloria? ¿Está ahí la meta anhelada, el fin último, la aspiración máxima? ¿Qué piensan los hombres de la muerte? No es fácil aprender a morir; sin embargo, debiéramos esforzarnos por dar, a la luz de la muerte y sin necrofilia, hondura y categoría a nuestra vida, sabor cristiano y trascendente a nuestro existir. Pensar serenamente el Viernes Santo, a la sombra de la Cruz.

RESUCITAR. Es la última palabra de la muerte. El triunfo, la gloria, la alegría. Jesús, venciendo el tedio, el dolor, la angustia, la incógnita que se alza perturbadora ante la mente humana.

Su triunfo es el nuestro. ¿De verdad lo creemos así los cristianos? Quizá en el fondo de nuestro ser, sí lo creemos. Nos falta avivar esa fe, hacerla realidad diaria, ponerla de relieve al enfocar la vida, al acercarnos a los hombres, al vivir con ellos. Hay que intentar resucitar cada día en un esfuerzo permanente por dar a nuestra existencia un tono y un estilo en el que se reconozca inmediatamente a Cristo, cuyo final no fue la Cruz, sino la Luz.

AMAR, MORIR, RESUCITAR: Tres realidades para pensar y para vivir esta Semana Santa y en toda nuestra vida.

Pero escribiendo este pregón, me ha venido a la mente otra palabra
RESISTENCIA y a la cual le doy este significado:

No te rindas, aunque a veces duela la vida,
aunque los muros y el tiempo parezca tu enemigo.

No te rindas, aunque las lágrimas surquen tu rostro
y tu entraña, demasiado a menudo.

Aunque la distancia con los tuyos parezca insalvable,
aunque el amor sea, hoy, un anhelo difícil,
y a menudo te muerdan,
el miedo, el dolor, la soledad, la tristeza y la memoria.

No te rindas, porque sigues siendo capaz de luchar,
de reír, de esperar, de levantarte las veces que haga falta,
porque tus brazos, aún han de dar muchos abrazos,
y tus ojos verán paisajes hermosos.

Acaso, cuando te miras al espejo, no reconoces lo hermoso,
pero Dios, sí. Dios te conoce, y porque te conoce
sigue confiando en ti, sigue creyendo en ti,
sabe que, como el ave herida, sanarán tus alas
y levantarás el vuelo,
aunque ahora parezca imposible.

No te rindas, que hay quien te ama, sin condiciones,
y te llama a creerlo.

Entonces ¿que es para mí, la verdadera imagen de Cristo?
En este breve relato de un imaginero y un comprador, lo puedo resumir:

¿De qué quiere usted la imagen?

-pregunta el imaginero-

Tenemos santos de pino,
hay imágenes de yeso.
Mire este Cristo yacente,
madera de puro cedro.
Depende de quién la encarga:
una familia o un templo.
O si el único objetivo
es ponerla en un museo.

-el comprador le dice-

Déjeme, pues, que le explique
lo que de verdad deseo:
Yo necesito una imagen
del Jesús el galileo,
que refleje su fracaso
intentando un mundo nuevo,
que conmueva las conciencias
y cambie los pensamientos.
Yo no la quiero encerrada
en iglesias ni conventos,
ni en casa de una familia
para presidir sus rezos.
No es para llevarla en andas
cargada por costaleros.
Yo quiero una imagen viva,
de un Jesús, hombre, sufriendo,
que ilumine a quién le mire
el corazón y el cerebro,
que den ganas de bajarlo
de su cruz y del tormento,
y quién contemple esa imagen
no quede mirando un muerto
ni que con ojos de artista
sólo contemple un objeto
ante el que exclame admirado:
“¡¡qué torturado más bello!!”

LA VERDADERA IMAGEN DE CRISTO

-el imaginero, le responde-

Perdóneme si le digo
que aquí no hallará seguro
la imagen del Nazareno.

Vaya a buscarla en las calles
entre las gentes sin techo,
en hospicios y hospitales
donde haya gente muriendo.

En los centros de acogida,
en que abandonan a viejos,
en el pueblo marginado
entre los niños hambrientos,
en mujeres maltratadas,
en personas sin empleo.

Pero la imagen de Cristo
no la busque en los museos,
no la busque en las estatuas
en los altares y templos,
ni siga en las procesiones
los pasos del Nazareno.

No la busque de madera,
de bronce de piedra o yeso.

Mejor... ¡¡busque entre los pobres
su imagen de carne y hueso!!

No se puede olvidar en este Pregón, a la otra gran protagonista, Nuestra Madre dolorosa, que siempre estuvo junto a la Cruz llorando, mientras su Hijo pendía.

Su alma llorosa, triste y dolorida, fue traspasada por una espada.

¡¡Oh cuan triste y afligida estuvo aquella bendita Madre del Unigénito!!

Estaba triste y dolorosa, como madre piadosa, al ver las penas de su Divino Hijo.

Y ¿Qué hombre no lloraría, si viese a la Madre de Cristo en tal atroz suplicio?.

Y ¿Quién no se consternaría, al contemplar a la Madre de Cristo dolerse con su Hijo?

Por los pecados de su pueblo, vio a Jesús en los tormentos y sometido a los azotes.

Vio a su dulce Hijo morir abandonado, cuando entregó su espíritu.

¡Ea Madre, fuente de amor! Haz que sienta yo la fuerza de tu dolor, para que contigo llore.

Haz que arda mi corazón en amor de Cristo mi Dios, para que así le agrade.

¡Oh Santa Madre! Haz esto; graba las llagas del Crucificado en mi corazón hondamente.

Y de tu Hijo lleno de heridas, que se dignó padecer tanto por mí, reparte conmigo las penas.

Haz que esté contigo junto a la Cruz, pues deseo asociarme en el llanto.

¡Oh Virgen la más ilustre de todas las Vírgenes! No seas ya dura para mí, haz que contigo llore.

Haz que lleve la muerte de Cristo, hazme socio de su Pasión y que venere sus llagas.

Y haz que, herido con sus heridas, sea yo embriagado con la Sangre de tu Hijo. AMEN.

Pero todas estas reflexiones, poesías, relatos y sobre todo en estos días de la cuaresma, tenemos que hacernos muchas interrogantes, debemos de llevar un equipaje a tono de nuestras limitaciones, cómo el mismo Jesucristo, nos dijo “mi yugo es llevadero pero mi carga es ligera”, luego, mi equipaje será ligero, para poder avanzar rápido. Tendré que dejar tras de mí la carga inútil: las dudas que paralizan y no me dejan moverme. Los temores que me impiden saltar al vacío. Las cosas que me encadenan y me aseguran.

Tendré que dejar tras de mí, el “yo” como únicas gafas, mi palabra ruidosa.

Y llevaré todo aquello que no pesa: muchos nombres con su historia, mil rostros en el recuerdo, la vida en el horizonte, proyectos para el camino. Valor si tú me lo das, amor que cura y no exige. Tú como guía y maestro, y una oración que te haga presente: “A ti Señor, levanto mi alma, en ti confío, no me dejes. Enséñame tu camino. Mira mi esfuerzo. Perdona mis faltas. Ilumina mi vida, porque espero en ti.

Y para finalizar, nuevamente queremos darles las gracias, y si alguna de estas reflexiones les son útiles, nos daremos por satisfechos, pedir a la Virgen y a Nuestro Señor con la Cruz a cuestas, por todos los enfermos y contagiados de este terrible virus, que sanen y puedan tener una Venerada Semana Santa. Un fuerte abrazo virtual para todos. Terminamos con este relato dedicado a todos ellos:

EN LA PENUMBRA DOLIENTE

En la penumbra doliente
de la iglesia solitaria,
a la tibia luz de un cirio
que las sombras fustigaba,
vi tu rostro, Nazareno,
macilento y demacrado,
con un rictus de agonía
en tus labios desdibujado...

Tus sienes manaban sangre
que surcaba tus mejillas...
amapolas de martirio
en tu rostro florecidas,
sólo tus ojos brillaban,
y su luz suave y serena
iba a quebrarse en tus lágrimas...

¡¡Ojos rasgados y tristes
con la tristeza del mar
cuando el crepúsculo muere
y la tarde cae ya,
os cruzáis con los míos
no sé qué siento en el alma!!

La Madre llora y pregunta:

¿por qué le quieren matar?
¿por ser la suma Justicia?
¿por ser la suma bondad?

ORACION PARA EL FINAL

Quisiera orar y rezarte en lo escondido
en cada uno de los días de Cuaresma.

Encontrar un lugar en lo más apartado de
mi casa o un rincón de mi habitación.

Un refugio tranquilo, en penumbra,
lugar silencioso, la puerta cerrada, el teléfono descolgado.

Quisiera dirigirte mi oración a ti, Padre,
tú que ves lo que ningún otro puede ver,
tú que escuchas en lo escondido.

Quisiera escuchar tu voz, tú que
hablas en lo escondido.

Quisiera estar ahí, contigo, con toda sencillez.

Señor, quiero caminar por tus caminos,
escuchar y guardar los mandamientos,
amarte y servirte en mi prójimo,
y así elegir la vida y la felicidad. ¡¡No es fácil!!

Tú conoces mi debilidad, mis caídas y mis tentaciones.

Ven en mi ayuda y dame un corazón humilde
para acoger con alegría a quienes pongas en mi camino,
para ver en ellos a mis hermanos
y así poder reconocerte.